

LA PROSA BARROCA, ENTRE CERVANTES Y QUEVEDO

El primer diccionario de la Real Academia Española, el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), identificó a Quevedo y a Cervantes como los autores clásicos por antonomasia. De forma elocuente, incluyó más de 4.300 citas del primero y más de 3.600 del segundo, con particular énfasis en la obra cumbre de este último, el *Quijote*, privilegiada con unas 2.400 referencias (Álvarez de Miranda: 2016). Podría proponerse que el repertorio lexicográfico, obra magna de un siglo en el que nace el cervantismo dentro y fuera de España,¹ iluminó el camino por el que transitarían los estudios científicos en torno a la prosa barroca divulgados a través de *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, tres siglos después.

Sintetizar cien años de aportaciones sobre géneros y modalidades narrativas del siglo XVII, autores y obras que se cuentan entre las más editadas, traducidas, imitadas, comentadas y estudiadas en toda la historia de la Literatura española es labor ardua y, en cierta medida, insatisfactoria: cualquier repaso que se proponga incurre en ausencias que solo cabe imputar a la brevedad, pero no eximen de toda responsabilidad a quien asume el riesgo de la reseña. Es por

¹ Mayans redacta la primera biografía de Cervantes, en 1737, y la RAE promueve la primera edición del *Quijote*, en 1780; John Bowle prepara la primera edición anotada, en 1781 (Rey Hazas y Muñoz Sánchez: 2006; Montero Reguera: 2011).

ello que comienzo pidiendo disculpas por estudios no citados, pese a su calidad indiscutible.

La centuria comprendida entre 1919 y 2019 evidencia en esta revista un camino en el que asoman al principio con timidez líneas de investigación que, acomodándose muy pronto, acaban por consolidarse gracias a la labor de un número importante de especialistas en la prosa del Siglo de Oro. Los estudios se articulan en torno a dos ejes fundamentales, representados por dos figuras señeras, los clásicos indiscutidos que acabo de mencionar: Cervantes y Quevedo. No en vano representan algunas de las vías más interesantes para la renovación y la innovación en la prosa en el período áureo: con el primero, la génesis de la novela moderna, origen imprescindible para el género en la Inglaterra del XVIII,² y sus geniales novelas cortas a la manera italiana, las *Novelas ejemplares* («Yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana»); con el segundo, además de las obras de narrativa lucianesca culminantes (los *Sueños*, *Discurso de todos los diablos*, *La Fortuna con seso y la Hora de todos*) y la apropiación subversiva del modelo picaresco (el *Buscón*), tratados políticos, morales y religiosos sin parangón entre los ingenios de su tiempo (*Política de Dios y Marco Bruto*, *Doctrina moral y La cuna y la sepultura*, *Providencia de Dios...*).

No por casualidad tampoco, la Biblioteca de Menéndez Pelayo alberga abundantes fondos bibliográficos, impresos y manuscritos, relacionados con ambos autores: valiosas ediciones de época del *Quijote*;³ manuscritos autógrafos tan relevantes como el identificado con la signatura 100, que contiene los tratados morales *Virtud militante* y *Las cuatro fantasmas*.⁴

² En palabras de Menéndez Pelayo (1905: 326), en su discurso pronunciado en la Universidad Central, «constituye el *Quijote* una nueva categoría estética, original y distinta de cuantas fábulas ha creado el ingenio humano; una nueva casta de poesía narrativa no vista antes ni después, tan humana, trascendental y eterna como las grandes epopeyas, y al mismo tiempo doméstica, familiar, accesible a todos, como último y refinado jugo de la sabiduría popular y de la experiencia de la vida».

³ Véase el catálogo conmemorativo del centenario de la obra, a cargo de Fernández Lera y Del Rey Sayagués (2005). Contiene la bibliografía de los fondos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, entre otros documentos.

⁴ Este autógrafo permitió a Rey (1985) concluir que se trata de dos obras diferentes y no una, como se suponía desde el error producido en su primera

El presente repaso a décadas que han sido tan fecundas para el mejor conocimiento de las múltiples facetas de la prosa barroca gravitará en torno a ambos núcleos, sin que quepa olvidar una tercera esfera de interés, no del todo desligada de las otras dos: la narrativa picaresca. Ya con menor impacto en las páginas del *Boletín*, otras figuras merecieron una atención esporádica, lo que en modo alguno minusvalora o invalida su reconocido impacto en la época objeto de análisis: Lope de Vega, Gracián y Saavedra Fajardo, entre otros.

Cien años de cervantismo

«Tradicional es en esta casa el culto a Cervantes» (1905: 324). La aserción de Menéndez Pelayo, síntesis idónea de la trayectoria de esta revista, se refería en realidad a la Universidad madrileña, durante un discurso académico con ocasión del tercer centenario de la publicación del *Quijote*. El *BBMP* es heredero, y a su vez semilla fructífera, de una línea crítica continua cuyo punto de partida se adivina en el siglo XVII, época que otorgó un gran éxito de público a la novela pero no alcanzó a comprenderla cabalmente, y en la centuria siguiente, cuando se abren camino las primeras interpretaciones simbólicas de la obra y se promueve el auge de un cervantismo aún en ciernes: a dicho momento histórico pertenecen la *Vida de Cervantes* de Mayans y Siscar (1738),⁵ y los importantes estudios y comentarios de Pellicer y Saforcada (1778), Vicente de los Ríos (1780), Bowle (1781) y Clemencín, este último ya en el siglo XIX, así como otros autores fundamentales que propiciaron la investigación sobre la obra cumbre del alcalaíno, como Cadalso y Martín Sarmiento.⁶

edición póstuma (1651); en consecuencia, fueron editadas por separado en las *Obras completas en prosa de Quevedo* (2010).

⁵ Remito a Pérez-Magallón (2016).

⁶ Para profundizar en el origen dieciochesco del cervantismo, puede consultarse el libro de Rey Hazas y Muñoz Sánchez (2006); la evolución de los estudios sobre Cervantes, desde los inicios hasta la actualidad, se aborda en las sucesivas monografías de Montero Reguera (1997, 2004, 2006 y 2011), la tercera en colaboración con Montero Padilla. Martínez Torrón (2008: 237) proclamaba la necesidad de recuperar el «rico bagaje de conocimientos y documentación» de la crítica cervantina durante los siglos XVIII y XIX, «signatura pendiente» del

El prometedor legado decimonónico culmina en el inicio del XX y se multiplica con ocasión de la conmemoración de los centenarios de la publicación del *Quijote* y la muerte de Cervantes, gracias al empuje de los autores de la Generación del 98, Ortega y Gasset y los escritores modernistas. Mención especial requiere la labor desarrollada por Menéndez Pelayo y sus discípulos o seguidores más reconocidos, figuras claves en el desarrollo de los estudios sobre Cervantes: Rodríguez Marín, Bonilla y San Martín, González de Amezúa y Alonso Cortés. Pero también las aportaciones de Astrana Marín y la Escuela de Filología Española, fundada por Ramón Menéndez Pidal, y entre cuyos miembros descuellan Américo Castro, José F. Montesinos, Amado Alonso, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Joaquín Casaldueiro, Samuel Gili Gaya, Rafael Lapesa, Alonso Zamora Vicente, Manuel de Montoliú y Enrique Moreno Báez. A ellos cabe sumar la labor de autores de la Generación del 27 y de hispanistas de otros países, como Spitzer, Auerbach, Hatzfeld, Bataillon o Parker. Algunos de ellos escribieron brillantes páginas sobre Cervantes en esta revista, sentando así bases sólidas e imprescindibles para las investigaciones actuales.

Afirmaba Sánchez (1955-1956), y recordaba oportunamente Baquero Escudero (2012: 159), que Menéndez Pelayo no fue un cervantista en sentido estricto: al menos no lo fue a la manera de otros autores de su tiempo, como Rodríguez Marín, en la medida en que sus intereses fueron múltiples, como lo manifiesta su obra monumental. Y aun más recientemente, Pérez Gutiérrez (2016: 526) insistía en que «no se tuvo nunca por “cervantista”; lejos de ello, miraba bastante de reojo a los de su tiempo. Le parecía que se ocupaban de minucias eruditas, cuando no desenfocaban la imagen de la figura que quizá más admiraba y quería de toda la historia cultural de España». Pero algunas de sus inspiradoras sugerencias sirvieron de estímulo para vigorosas investigaciones ulteriores, entre ellas su negativa a considerar a Cervantes un mero «ingenio lego»,⁷ prejuicio crítico que había contribuido a ocultar su vasta cultura literaria y, también, sus virtudes artísticas. Porque, como señalaba

cervantismo. Véase también la rápida síntesis de García Castañeda (2005: 139-151).

⁷ Sobre la atribución a Menéndez Pelayo de tal descalificación hacia la erudición cervantina, véase Pérez Gutiérrez (2005).

Gómez de Baquero (1929), en una temprana aportación consagrada a la semblanza de Menéndez Pelayo como historiador y crítico de la novela, su *Tratado histórico de la primitiva novela española*, y sus estudios monográficos acerca de Cervantes y el *Quijote* —como el discurso leído en la Universidad con ocasión del Centenario de la obra en 1905, el discurso de contestación a don José María Asensio en la Academia Española o sus apreciaciones acerca del *Quijote* de Avellaneda— evidencian su «perspicacia», su «clara visión de historiador y de crítico» (Gómez de Baquero: 1929: 14).

Tales antecedentes explican que, de modo progresivo pero contundente, el *Boletín* se haya convertido en cauce privilegiado de comunicación para el cervantismo. Ya lo constataban Germán Vega y José Montero (2016: 13): «Cervantes es, sin duda, el autor más tratado». Así lo demuestra el centenar de artículos publicados en el siglo de historia de la revista, la mayoría sobre el *Quijote*. Si entre 1919 y 2005 había impreso ya unos cincuenta trabajos sobre Cervantes, en solo quince años, desde ese último año hasta la actualidad, se acumula más de medio centenar de artículos. En un siglo tan intenso existen tres hitos que propician el concurso de las más autorizadas voces del cervantismo en cada momento: el primero, que se remonta a la temprana fecha de 1947, congrega dieciséis aportaciones para conmemorar en un número monográfico el cuarto centenario del nacimiento del escritor; el segundo está representado por un volumen reservado al cuarto centenario de la publicación del *Quijote* de 1605, bajo la coordinación de Germán Vega, con una veintena de aportaciones; el tercero y último hasta la fecha, en 2016, en coincidencia con el cuarto centenario de la muerte de Cervantes, que reúne las investigaciones de treinta especialistas de todo el mundo, convocados por Germán Vega y José Montero. La mayoría de los estudios sobre este autor y su obra se concentran, por tanto, en los mencionados volúmenes monográficos.

Describiré a continuación, muy rápidamente, algunas de las líneas medulares del cervantismo reflejadas en la historia de la revista.⁸ En primer lugar, cabe comentar algunas aportaciones que podemos considerar biográficas, con particular incidencia en el

⁸ Véase la reciente síntesis de Gutiérrez Sebastián (2019), sobre la presencia de Cervantes en la revista.

estudio de la prosa de este autor. El análisis de Alonso Cortés, dedicado a un «notable biógrafo», Jerónimo Morán, dramaturgo fallecido en 1872, cuya vida de Cervantes se incluyó en la edición del *Quijote* de Gil Dorregaray (1862-63): «una innovación en la biografía cervantina» (1947: 77); el de Cortines (1947), a las peripecias de Cervantes como cautivo en Argel y su libertad a cargo de los trinitarios; el de Farinelli, al «sueño de la vida» del escritor, desde *La Galatea*, pasando por el *Quijote*, hasta el *Persiles*, cuando Cervantes «tiene ya el pie en el estribo para la última cabalgada en el reino de la muerte» (1947: 20); y el de Sánchez, a la biografía de Navarro de Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), calificada como «tributo de amor y de exaltación a la vida del autor del *Quijote*» (1947: 164). Las relaciones áulicas de Cervantes, de gran interés para una mejor comprensión de las conexiones entre el escritor y los grupos de poder de su tiempo, pero también para el estudio de la política en la Edad Moderna, centran la atención de sendos análisis a cargo de Crespo (2000 y 2002); en el segundo de ellos, reflexiona sobre el impacto del rey, las instituciones y los oficios de gobierno en la vida y obra del escritor. Aunque no estrictamente biográfica, la aportación de Montero Reguera aborda las relaciones entre trayectoria vital y creación —«la interacción entre vida y literatura se convierte en cuestión medular de la teoría literaria» (2005: 353)—, con especial atención a las relaciones amorosas y amistosas cervantinas, «de las que bien poco sabemos» (355), así como a los enamorados insertos en su obra, un terreno que exige «suma precaución».⁹

En el último monográfico, publicado en 2016, resurgen con fuerza los estudios de índole biográfica, aportando datos desconocidos o incluso desmintiendo afirmaciones con una larga trayectoria crítica: Alexia Dotras retoma la polémica sobre el origen de Cervantes, denunciando «falsificaciones» de la historia a propósito de Bragança y Sanabria; José Manuel Lucía, luego de constatar que prevalece la visión romántica en el acercamiento biográfico, inaugurada en 1738 y viva aún en la actualidad, considera posible escribir «una nueva biografía cervantina», y propone para ello «tres Cervantes», que abarcan su juventud (1547-1580), su

⁹ Recuerda palabras de Canavaggio (2000: 25).

madurez (1580-1605) y su vejez (1605-1616), la de un autor en su plenitud literaria que se reivindica «como escritor en un programa literario pensado hasta en sus últimos detalles» (Lucía: 2016: 209); Abraham Madroñal dibuja un preciso contexto histórico en el que Cervantes y el Greco habrían coincidido con otros ingenios en Toledo, lugar en el que el segundo permaneció entre 1577 y 1614, donde participó en una academia literaria hasta ahora desconocida, un «grupo de artistas e intelectuales que compartieron el mejor momento de nuestra historia cultural» (2016: 235); finalmente, Emilio Maganto se centra en los primeros quince años de vida de Isabel de Saavedra, la hija que Cervantes tuvo con su amante, Ana de Villafranca, con el objetivo de corregir algunos errores biográficos con una atenta lectura de los datos históricos: «algunos de los documentos de que disponíamos no han sido interpretados correctamente o han sido obviados en los estudios biográficos» (2016: 244).

No faltan en el conjunto estudios abarcadores del arte cervantino, como el de Hatzfeld, que establecía los puntos de contacto artísticos apreciables entre la obra de Cervantes y la de Rabelais; ambos, afirmaba, crean «un nuevo arte de la prosa» (1927: 227). O las «divagaciones» de Redonet (1947) en torno a motivos «cervánticos», que conducen a la imaginación de una íntima delectación durante la lectura de la biografía de Cervantes titulada *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, y la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno, en particular homenaje por la conmemoración del centenario. A ellos se suma el artículo de Alda sobre los cautivos en la obra cervantina, donde proliferan los pasajes en los que Cervantes noveliza «sus propios e imborrables recuerdos del cautiverio» de un lustro en Argel (1947: 153); tal «ciclo literario» se apoyaría en su «dolorosa experiencia» y las noticias históricas, que dan vida a «unos argumentos novelescos que se suceden y relacionan de obra en obra» (160). Unos años después, Ricardo del Arco indagaba en las supersticiones incluidas en distintas obras, entre ellas el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, subrayando la presencia de «una crítica irónica llena de humor, en extremos de superstición» (1951: 361); y en 1952, repasaba diferentes aspectos en las distintas obras cervantinas: los motivos de la mujer, el amor, los celos y el matrimonio, que después fueron abordados en aportaciones más específicas sobre los

personajes femeninos en su obra, por ejemplo. Zimic (1964), inaugura una trayectoria con varias contribuciones a la revista, estudiando los amores «entrecruzados» en algunas obras cervantinas», en referencia al cuento de amor de Leucipa y Clitofonte y la novela de Aquiles Tacio. Entroncando con estudios previos de Hatzfeld, Casaldueiro y Ricardo del Arco, Levisi (1972) analiza la presencia de la pintura en la prosa de Cervantes, quien, a su juicio, utiliza las técnicas narrativas como el pintor sus formas y colores, en evocación de la célebre sentencia horaciana.

La síntesis de materias que pueden considerarse transversales o incluso interdisciplinarias se aprecia asimismo en el último número monográfico, publicado en 2016: Adrienne L. Martín analiza el modo en que las obras de Cervantes y Shakespeare propiciaron un «giro hacia el animal», en el *Quijote* y en *Love's Labour's Lost*, donde «la caza ilumina no solo la socialización, categorización y simbolización que se realiza entre cazadores, cazados y lectores [...] sino además el papel esencial que juega el animal en la formación de la identidad del ser humano» (2016: 278); Mijares apunta hacia el lector con el apelativo de «Menard del tercer milenio», en paráfrasis de Borges: «El Menard-lector actual sigue ocupando sus lecturas en producir páginas que coincidan, palabra por palabra y línea por línea, con las de Miguel de Cervantes; sigue empeñado en “actualizar” el *Quijote* sin ser en el siglo veintiuno “un novelista popular del siglo diecisiete”, esto es, sin ser Cervantes, sino siendo el Pierre Menard que llega al *Quijote* a través de las experiencias del Pierre Menard lector de hoy» (2016: 364); Rivera estudia la mirada cervantina en *El oficio de las armas* de Ermanno Olmi, desde la perspectiva de las virtudes de la *fortitudo* y la *sapientia*, con el propósito de establecer una «analogía central» entre el discurso de las armas y las letras del *Quijote* y el film mencionado; y, finalmente, Sáez propone un análisis sobre la figura de los reyes de ficción en la obra de Cervantes, cuya presencia, aunque reducida, «puede resultar decisiva para valorar la idea y la imagen del poder en Cervantes» (2016: 447).

Como ya se anticipaba y cabe esperar, el *Quijote* suscita la mayor atención crítica, y no sólo en el volumen conmemorativo del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de la obra. El análisis de los más diversos aspectos, desde perspectivas y objetivos diferentes, ha multiplicado las aproximaciones críticas a la

obra. El interés se remonta a los primeros años del *BBMP*, cuando Mac-Gregor (1926) especulaba sobre la isla real que se escondía bajo la denominación de «Taprobana» localizada en el *Quijote*. Hatzfeld se adentraba poco después en los rasgos de estilo de la primera novela moderna, proponiéndola como «eminente síntesis de medios de expresión» (1928: 241), entre el arte literario del Renacimiento italiano y el estilo español castizo. Alonso Cortés (1946), por su parte, matizaba la interpretación de quince pasajes en la edición de Rodríguez Marín. El primer monográfico de la serie, impreso en 1947, confirmaba ya tal preferencia por su obra mayor, con estudios acerca de la presencia del río Ebro en ella, a cargo de Espina; el de Pereda sobre la génesis del que califica como «libro inmortal»; y el de Montiel, dedicado a la belleza en las mujeres de Cervantes, asunto que tiene continuidad en ulteriores trabajos.¹⁰ Cabe destacar de este volumen la presencia de un artículo de Lapesa, quien diserta sobre la etimología de Dulcinea y la influencia de Lofraso en la inventiva cervantina, en un estudio de antroponimia que se incluyó después como capítulo del libro *De la Edad Media a nuestros días* (1967); y otro a cargo de Gili Gaya, sobre *Las Sergas de Esplandián*, donde se recuerda que la primera enmienda del modelo amadisiano se debió a Rodríguez de Montalvo, que criticó la caballería bretona, en favor de una caballería cruzada. Unas décadas después de la conmemoración señalada, Rabell atendió al «perspectivismo dialógico» en el episodio protagonizado por don Quijote y el vizcaíno, sugiriendo que «de la naturaleza dialógica del texto se deriva su popularidad en diferentes estratos de la sociedad (1993: 101).

El monográfico de 2005 incluye una muestra destacada de aspectos relacionados con la escritura de la obra,¹¹ por ejemplo a propósito de su relación con los libros de caballerías, asunto abordado por Martín de Riquer (1973), Williamson (1984) o Eisenberg (1995), entre otros. Martínez Mata se fija en la actitud de Cervantes y subraya su ironía, al tiempo que propone el *Quijote* como alternativa a aquel tipo de literatura: «Sin duda que los problemas literarios (y hasta cierto punto morales) que le planteaban a

¹⁰ Remito solo como ejemplo al libro *Las mujeres del Quijote y la crítica*, de Isabel Navas Ocaña (2008).

¹¹ Véase la síntesis de Vega García-Luengos (2005: 18-23).

Cervantes los libros de caballerías juegan un papel esencial en la composición del libro; pero no porque se planteara satirizarlos, sino porque pretendía ofrecer con su novela una alternativa bien distinta a la caballescica en el ámbito de las lecturas de entretenimiento» (2005: 343). Y Parrilla rastrea los indicios de su presencia y la valoración consiguiente de estos libros en la obra cervantina, donde «verdad y ficción como tema de debate interno del personaje» (2005: 420) se confrontan, de modo paradójico, en distintos pasajes. Gelabert aborda distintos aspectos del espacio manchego mostrado en la obra, para concluir que su protagonista procede, sucesivamente, de un lugar, una aldea, un pueblo o una villa, como demostración palpable de su voluntad de no recordar su exacta procedencia («de cuyo nombre no quiero acordarme»): «Pareciera que Cervantes insiste ciertamente en mantener la patria de Alonso Quijano en la más oscura de las ignorancias» (2005: 245). Otro foco de interés se encuentra en los relatos intercalados, cuya evolución desde la primera hasta la segunda parte evidencia el avance de la propuesta estética de Cervantes, como constata Baquero, quien se centra en la variedad de regiones literarias: el *Quijote* —señala— «se caracteriza por su pluriregionalismo, especialmente evidente en la abundante intercalación de esos relatos episódicos cuyas regiones literarias se muestran en ocasiones bien distintas de la de la historia primera» (2005: 27).

Parr, por su parte, analiza las voces presentes en la novela, en una aportación a propósito de la puesta en duda de la oralidad y la escritura en ella, poniendo el foco en Cide Hamete y el «supernarrador»; «Lo característico del *Quijote* —concluye— es su cuestionamiento de la autoridad en todas sus dimensiones, pero específicamente la fiabilidad de la transmisión oral y escrita de discursos y hechos del pasado» (2005: 397), en particular la cultura musulmana. La melancolía del protagonista, en relación con sus virtudes y su locura, constituye otro aspecto de relieve, abordado en este caso por Serés, cuyo artículo reflexiona sobre «la delirante *virtus* del ingenioso hidalgo»; tal cualidad implica que «cuanto más delirante o frenético se manifieste el hidalgo, más virtuoso» (2005: 637-638), debido a las particulares connotaciones que la virtud, el ingenio y el delirio o la melancolía tenían en la época. Y también, en el mismo volumen, el sentido de la obra, a tenor del episodio de los

galeotes (I, 22), en relación con la comicidad de la primera parte, en un análisis de Close; en su opinión, tal aventura es un ejemplo claro de la estrategia cervantina a lo largo de su novela: «resuelve el dilema de cómo evitar la frivolidad sin incurrir en el sermoneo, incorporando a su fábula los tópicos serios y edificantes de su tiempo, y a la vez, tratándolos de una manera ligera, humorística e idiosincrásica» (2005: 123). Unos años más tarde, Vivalda se fijaba en el retiro de don Quijote a una arboleda cerca de El Toboso (II, 10), objeto de minuciosos exámenes críticos previos, para plantear sus dudas sobre la supuesta «dimensión trascendental» de la que, a su juicio, podría carecer la intención de Cervantes: «No parece estar puesta al servicio exclusivo de la entente cómica» (2015: 100).

El monográfico de 2016 vuelve a situar el *Quijote* en el centro de la actividad investigadora, pues concentra un total de 14 aportaciones. Algunas de ellas, como en fechas anteriores, analizan episodios particulares. Así sucede con la de D'Onofrio, que estudia el nombre de Micomicona, portador de una notable red de sentidos con los que es posible profundizar en el personaje de Dorotea. García Castañeda se ocupa de los títeres y el retablo de Maese Pedro (II, 25-27), un pasaje que es muestra de la popularidad de los romances en la época y evidencia de la incapacidad del hidalgo para distinguir la realidad de la ficción. Pontón, por su parte, enfoca el comienzo de la segunda parte del *Quijote*, relativamente olvidado por la crítica, pese a su significado, su repercusión en otros lugares de la novela y su relación con lo previamente escrito; enfatizando ya en el título la expresión «Con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula», considera que cobra especial relieve «el pasaje en que don Quijote describe con total seguridad la apariencia física de algunos de sus caballeros favoritos» (2016: 387). La propuesta es sugerente —«echó un vistazo al primer capítulo de 1605 para empezar la nueva novela sobre esas trazas y establecer continuidades y divergencias»—, con un juicio final que contiene una lectura integral del oficio cervantino: «No es mala forma de anunciar a los lectores de 1615 que la historia es, en parte, la misma que la de 1605, pero también, en parte, otra distinta, en un gesto inaugural que anticipa muchas páginas de la novela en ciernes» (402). Vila, quien escoge entre los personajes de la novela a Maritornes, situada entre lo que denomina «la sujeción injuriosa y la conversión», estudia su presencia en el capítulo I, 16,

reforzada por su intervención en un ulterior «debate femenino sobre preferencias ficcionales» y la construcción de una burla del caballero, utilizando como cómplice a la hija de Palomeque el Zurdo; de tal protagonismo, se infiere que «Maritornes no resulta presentada, de un modo excluyente, como una prostituta —aunque el ventero crea lógico proferir insultos que así la cosifican— porque, en definitiva, la razón de su presencia en la fábula se dirime en el recordatorio metaficcional de la imposible reducción figurativa de su totalidad» (2016: 522).

Las perspectivas, en consonancia con la riqueza inabarcable de la obra, son múltiples, y pueden estar relacionadas con conceptos teóricos o posibles intenciones: Lozano-Renieblas se ocupa del episodio del Caballero del Verde Gabán, donde el lector contempla a don Quijote y don Diego de Miranda frente a frente, para acercarse a la admiración como «punto de intersección entre la seriedad y la risa en el *Quijote*» (2016: 188); Martínez Mata ofrece una revisión de la recepción de la obra como «sátira moral»; tal interpretación, originada en Francia y extendida por numerosos países europeos, fue la de mayor repercusión en Inglaterra, hasta el punto de explicar «la enorme relevancia que el *Quijote* alcanzó en el siglo XVIII y de su papel como origen de la novela moderna» (2016: 311). Salazar enfoca su análisis hacia la cuestión de la mimesis y la expresividad dramática; en su opinión, cabe proponer la existencia de «“niveles de la expresividad teatral” en el *Quijote*, lo que explicaría la naturaleza hipertextual de la obra, así como la migración de formas tradicionales de la literatura a otras que el tiempo ha terminado por consolidar» (2016: 463). Por su parte, Serés se ocupa del papel de la milicia, tanto en lo que atañe a su licitud como a su propia necesidad en la obra: «don Quijote se debate entre el *ordo amoris* y el *ordo civilis*, o sea, entre la caballería (perdida o pasada) y la milicia (presente y futura) que representa el paje que va a la guerra; entre la idea de esfuerzo individual al servicio, prioritariamente, de Dios y de la *communitas*, y la disciplina «republicana» al servicio de la *civitas*» (2016: 500), como se desprende del análisis realizado. Strosetzki reflexiona sobre los conceptos de fortaleza y justicia en el protagonista del *Quijote*, a partir de una pregunta inicial: «¿El Don Quijote victorioso sería un buen soberano o un tirano?», a la que el crítico responde tras su argumentación: «Si fuera victorioso [...] actuaría de acuerdo

con las exigencias que atribuye a la fuerza y a la justicia. Sería, pues, un buen soberano [...] la mayoría de las veces no sale victorioso y su comportamiento, a falta de templanza y de prudencia, está marcado por la derrota. Y es precisamente en sus derrotas, a través de la virtud de la paciencia y de la fuerza de aguante, con la que aboga por la justicia, si bien sin éxito, donde radica su grandeza» (2016: 516).

Siguiendo con el *Quijote*, y en relación con las enemistades literarias de Cervantes, que habrían condicionado la propia escritura de la segunda parte de 1615, López Navío aventura la equivalencia entre Cide Hamete Benengeli y Lope de Vega; según él, el nombre del historiador árabe habría sido alusión a Lope, su enemigo en la prosa y en el teatro, en un intento de «remedar a Lope en sus romances y comedias, e ironizar sobre la vida y escritos del Fénix, al que supone “primer autor”» (1960: 250). En relación con la novela cervantina, no podían faltar las aportaciones centradas en la enigmática segunda parte apócrifa. Recogiendo el legado de Menéndez Pelayo,¹² quien ya había subrayado el abismo que media entre Cervantes y Avellaneda, Cossío (1935) estudiaba una relación que ha generado una amplísima bibliografía crítica, orientada a desvelar el nombre del autor oculto bajo el seudónimo. En este ámbito se sitúa la aportación de Blasco, quien sitúa a Fernández de Avellaneda en el contexto político e ideológico —«la ubicación social e ideológica del falsario que pretendió emular a Cervantes, corrigiendo los desvíos del autor del *Quijote*» (2005: 62)—, en busca de su posible identidad y el sentido de la obra; en su opinión, adscrito el libro apócrifo al género de la genealogía en aquellas fechas, puede deducirse, a propósito de la autoría, que el autor «posee una buena formación histórica; tiene información precisa de la manipulación de las crónicas que se están llevando a cabo por esas fechas; conoce bien el romancero; y, finalmente, no es ajeno a las

¹² Cabe recordar que Menéndez Pelayo postuló a un desconocido Alfonso Lamberto como autor de la continuación apócrifa del *Quijote*, en su edición de esta obra, donde incluyó una carta fechada el 15 de febrero de 1897 y dirigida al cervantista Leopoldo Rius, proponiendo su nueva conjetura. En ella rechaza, sucesivamente y con diferentes argumentos, la autoría de un fraile dominico, de Luis de Aliaga, de Bartolomé Leonardo de Argensola, de Lope de Vega —«que Lope sea autor del *Quijote* de Avellaneda, es cosa de todo punto inadmisibile» (386)— y de Ruiz de Alarcón. Como se indica a continuación, Martín Jiménez (2016) defiende la autoría de Jerónimo de Pasamonte.

luchas ideológicas y políticas de la corte, a las que propagandísticamente sirven las inventadas genealogías del momento» (96).

Publicaciones y encuentros científicos evidencian que apenas cabe referirse al *Quijote* sin atender, siquiera de soslayo, a la continuación de Avellaneda, que va más allá del mero plagio y ejerce una poderosa influencia sobre la segunda parte cervantina, como señaló en diversos trabajos Gómez Canseco (2014), entre otros muchos estudiosos. Más reciente, la aportación de Martín Jiménez analiza en detalle la relación entre Cervantes y Avellaneda, proponiendo un nítido deslinde entre lo que denomina «presunciones» y las «certidumbres» que cabe extraer de los datos existentes en el largo período que media entre la muerte del escritor y el año de publicación del monográfico, cuatrocientos años después. En su opinión, la tradición del cervantismo impide reconocer dos datos que, a su juicio, son irrefutables: «en primer lugar, que toda la segunda parte del *Quijote* de Cervantes constituye una imitación burlesca, correctiva o meliorativa del *Quijote* de Avellaneda; y, en segundo lugar, que no solo existe un gran número de presunciones sobre la verdadera identidad de Avellaneda, las cuales dejan poco lugar a dudas sobre quién pudiera ser el autor del *Quijote* apócrifo, sino también una clara certidumbre al respecto: que el propio Cervantes identificaba a Avellaneda con el aragonés Jerónimo de Pasamonte, y que dejó claras muestras de su convencimiento en varias de sus obras» (2016: 281). A demostrarlo dedica su concienzudo análisis, cuya hipótesis central hunde sus raíces en la propuesta de Martín de Riquer que recogía las especulaciones de Alain-René Lesage, traductor al francés del *Quijote* de Avellaneda.¹³ Precisamente, el estudio de Álvarez Roblin (2016) sobre esta versión francesa (París, 1704) plantea esta traducción de la continuación apócrifa como una «reconciliación» entre Cervantes y Avellaneda: no sería una simple traducción, sino una adaptación libre que está en deuda con el autor original y permite comprobar la interacción Avellaneda-Cervantes casi un siglo después del enfrentamiento entre ambos.

¹³ Véase también Martín Jiménez (2001 y 2005), entre otras muchas aportaciones previas.

Relacionadas con la recepción de la obra, entre cuyos indicios inmediatos se cuenta el plagio de Avellaneda, existen líneas de investigación volcadas a la posteridad y la fortuna de la novela, que evidencian la vitalidad de este tipo de análisis, especialmente en los últimos tiempos. La plasmación más evidente se remonta al aniversario de 2005, cuando el monográfico del *BBMP* dedicó un espacio significativo a la interpretación del *Quijote* en época de Menéndez Pelayo, en tres artículos que giran en torno a figuras de relieve. El primero, preparado por Pérez Gutiérrez, tiene el objetivo de matizar y enfatizar sus hallazgos sobre el *Quijote*; con un sólido análisis, se propone «restituir» al erudito santanderino lo que señaló sobre Cervantes «y cuyo lugar se obstina en ocupar la atribución de algo que no dijo, y que no sólo no dijo, sino que rebatió con particular contundencia» (2005: 525-526), en referencia al calificativo de «ingenio lego». Patiño edita, después de laboriosas pesquisas, algunos textos desconocidos de Emilia Pardo Bazán de gran interés, que demuestran que estaba «al día en las investigaciones en torno a Cervantes» (2005: 462), en un denso trabajo de reconstrucción textual que está acompañado de textos muy ilustrativos: «se trata de completar una sección de la poligrafía pardobazanianiana en la que [...] invirtió trabajos y días y que [...] nos permite ahondar en las vacilaciones y trasiegos de una pluma que acompasa sus trazos al devenir incierto de un país en permanente zozobra» (486-487). Finalmente, García Castañeda se ocupa de las lecturas y recreaciones cervantinas a cargo de José María de Pereda, asunto que «le preocupó durante medio siglo como muestran sus escritos fechados entre 1864 y 1905»; además, tal preocupación «le incorpora a la polémica que enfrentó durante varias décadas a los partidarios de la interpretación filológica y positivista del *Quijote* con unos esoteristas tan entusiastas como persistentes» (2005: 153).

El número conmemorativo atiende asimismo a una faceta entonces aún poco conocida de la fortuna de Cervantes en los siglos siguientes y en otros territorios. Abad se adentra en el rastreo de la irrupción tardía de las ediciones del *Quijote* en América, porque, pudiendo suponerse «una historia editorial de la novela cervantina madrugadora, continuada, presumiblemente muy diversificada», la curiosa realidad es que «en Hispanoamérica hay que llegarse al siglo XIX para toparnos con una primera edición, conocida, del *Quijote*»

(2005: 289), en concreto a 1833, en una imprenta de México, punto de partida de numerosas ediciones. Chen Kaixian atiende a un espacio geográfico tan alejado como China, donde la creación cervantina llega al principio del siglo XX, a pesar de las notables diferencias culturales; lo hace de la mano de la revolución democrática de 1911, que implicó el fin del último emperador: la llamada «Nueva Cultura» de los años 20 propicia la difusión de la literatura extranjera, de modo que el *Quijote* se convierte en una de las primeras obras foráneas divulgadas «en el círculo literario chino en aquella época» (2005: 272). Ya en el ámbito de la traducción al inglés, que plantea significativos problemas derivados del humor, la ambigüedad y la ironía de la obra más traducida a esa lengua, Hitchcock estudia las dificultades encontradas en las versiones pioneras, realizadas en los siglos XVII y XVIII; su análisis perfila lo que denomina un «*modus operandi*», deducible a partir de un estudio comparativo encaminado a «mejor entender y apreciar las traducciones mismas» (2005: 247). Rutherford explica los problemas técnicos que acarrea la traducción en un proyecto más reciente, el suyo propio, en cierta medida «inexplicable» cuando, como señala, existían ya una docena de traducciones inglesas previas; refiriéndose a las más cercanas en el tiempo, y con el objetivo de reivindicar la faceta creativa de la traducción, subraya que «lo que hicimos los tres traductores no fue repetir, cada uno por su parte, la misma labor sino escribir tres *Quijotes* ingleses bien diferentes» (2005: 586). El monográfico incluye aún una aportación de Sánchez Noriega, dedicada a las versiones cinematográficas de la novela, en concreto la serie de televisión y la película de Gutiérrez Aragón, ejemplos magistrales de las posibilidades del *Quijote* en el séptimo arte.

La posteridad de Cervantes, y sobre todo su *Quijote*, sigue delineándose como fecunda área de trabajo en el número monográfico de 2016. Baquero diserta sobre la admiración que algunos escritores sintieron por el legado de los clásicos, fijándose en Azorín, como lo hicieron previamente Florit Durán (1999) y Suárez (1981), porque, en 1898, tras la revalorización del XIX, se produce una nueva canonización de la obra, semejante a la propiciada por el romanticismo alemán; concluye que Martínez Ruiz «sintió una singular fascinación por los personajes del *Quijote*, desde sus protagonistas hasta sus más fugaces figuras» (2016: 51).

Canavaggio explica que el *Quijote* llega muy pronto a América, pero su recepción en sentido estricto no se inicia hasta después de la independencia; en sus propias palabras, «de Melville a Pynchon, de Montalvo a Fuentes, cada uno de estos escritores nos recuerda, a su manera, que las andanzas de Don Quijote no han concluido con su muerte» (2016: 65). Francisco Cuevas enfoca el periodo comprendido entre 1808 y 1833, cuando el hidalgo se convierte en un motivo ambivalente en tiempos de guerra y exilio, después de una etapa, el siglo XVIII, en la que el personaje inspira múltiples escritos de corte satírico: hacia el XIX se difumina la dimensión burlesca y se utiliza para la propaganda bélica, una herencia que se recibirá en los tiempos de la Guerra de la Independencia. Por último, Moro Martín enfatiza lo que denomina «afinidades perdidas», al contrastar el *Quijote* con *Die Leiden des jungen Werther* (1774), a propósito de las relaciones literarias entre los dos autores centrales de las literaturas germana y española (Goethe y Cervantes), y tomando en consideración la tradición cervantina alemana; pese a reconocer que «la influencia directa del *Quijote* en *Die Leiden des jungen Werther*» no puede «ser demostrada documentalmente», subraya que la novela de Goethe «supone un eslabón clave para entender la transición entre la manera de entender el fenómeno del quijotismo de dos periodos distintos, y asume, de este modo, un papel importantísimo dentro de la tradición cervantina» (2016: 385).

Un apartado de relieve es el que configuran los cervantistas que hablan sobre el cervantismo, o más exactamente sobre el «quijotismo». Muestra de ello son las reseñas de Baquero (2008) sobre sendos volúmenes de Martínez Mata, con especial atención a las distintas perspectivas y miradas sobre el *Quijote*, que abarcan desde las propias reflexiones de Cervantes hasta las de la crítica más actual. La misma autora (Baquero: 2012) recupera la mirada de Menéndez Pelayo sobre Cervantes, imprescindible, como lo es la que proyectó sobre la poesía castellana, los romances, Calderón, Lope de Vega y la novela. En esta misma línea Morón ofrece contrastadas tres visiones de Cervantes, las de Menéndez Pelayo, Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote* (1914) y Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes* (1925); concluye la riqueza de datos y alusiones, y la audacia de las síntesis del primero: el «gigantismo de los escritos del sabio de Santander» (2013: 459).

El *Quijote* no ha acaparado en solitario la atención crítica: las *Novelas ejemplares* inspiraron también algunos importantes estudios, que cabe interpretar como respuesta indirecta a la reivindicación formulada por Menéndez Pelayo (1905), quien las juzgó «inseparables de la obra magna, a la cual deben servir de ilustración y complemento»:

Mucho valdrían por sí mismas tan primorosas narraciones; pero con ellas solas no descifraríamos el enigma del genio de Cervantes. Deben leerse donde su autor quiso que se leyesen, indicándolo hasta por el orden material de la publicación entre la primera y la segunda parte del *Quijote*. De este modo el genio fragmentario que en las *Novelas* resplandece sirve de complemento al esbozo, también fragmentario, aunque valentísimo, de la primera parte del *Quijote*, y prepara para la obra serena, perfecta y equilibrada de la parte segunda, en que la intuición poética de Cervantes alcanzó la plena conciencia de su obra, trocándose de genialmente inspirada en divinamente reflexiva. (326-327)

En efecto, un temprano estudio de Cascón analiza «el principal elogio de Cervantes a los jesuitas» (1947: 179), ya «clásico», incluido en un pasaje de *El coloquio de los perros*, novela que forma «un conjunto total y perfecto» con *El casamiento engañoso*. Edwards (1973) aborda los dos desenlaces de *El celoso extremeño*, para concluir con una justificación estética y moral del final de la versión de 1613. A Zimic (1992 y 1994) debemos sendos estudios: el primero de ellos, sobre *La Gitanilla* de Cervantes; y el segundo, sobre *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, novelas ejemplares a las que la crítica atribuye usualmente unidad estructural y de contenido, según lo señalado por Cascón (1947). A su juicio, *El coloquio de los perros* es «sugerente anticipo de notorios experimentos literarios modernos» (Zimic: 1994: 62). Por su parte, Teijeiro (2009) sitúa la novelita *El desdén del alameda* de Céspedes y Meneses en la órbita de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, quien, usado como modelo narrativo, nunca figura citado ni aludido en la producción de Céspedes; tras referirse al paralelismo biográfico notable entre ambos y a sus semejanzas literarias, con Cervantes como guía de los pasos de su

admirador, explica que las *Historias peregrinas y ejemplares* (1623) incluyen *El Desdén del Alameda*, que guardaría cierta relación con *La fuerza de la sangre*. Por último, Martín Morán toma como objeto de estudio el prólogo de las *Novelas ejemplares*, en concreto sus componentes de ejemplaridad y «retórica del silencio»; reflexiona sobre el rótulo cervantino, que conoce un éxito notable, a juzgar por la irrupción de «un nuevo género en la literatura hispánica, desde el siglo XVII hasta el XX» (2016: 301), antes de centrarse en la preterición y la reticencia que tiñen el prólogo y son «fundamentos retóricos» de lo que califica como la «autoexención» cervantina, consistente en un intento de desterrar la equivalencia automática entre el término *novella* y la cualidad implícita de la deshonestidad.

No puede quedar sin mención algún ocasional trabajo sobre otras obras cervantinas. En particular, descuella en el primer monográfico el interés de Baquero (1947) a propósito del «realismo» o, más exactamente, la presencia de este en conjunción con lo «inverosímil» en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la novela bizantina publicada de forma póstuma en 1617, con la que Cervantes cierra su trayectoria literaria y su propia vida.

En el discurso que leyó en la Real Academia Española, el 29 de mayo de 1904, en respuesta al de José María Asensio, Menéndez Pelayo se preguntaba:

¿quién sabe si el cervantismo simbólico será una especie de alquimia que prepare y anuncie el advenimiento de la verdadera química, es decir, de la era científica y positiva en el conocimiento e interpretación de la obra de Cervantes? (313).

En la carta dirigida a un cervantista que insertó en su edición del *Quijote* de Avellaneda, a propósito de su discutida autoría, señalaba posibles carencias del cervantismo y sendas que podría transitar en el futuro:

Lo que yo echo de menos es un libro en que con discreción y buen gusto se hable del único oficio y arte que verdaderamente tuvo Cervantes, del arte y oficio de novelista y de gran poeta en prosa (390).

Su esperanza clarividente puede considerarse hoy cumplida, a la vista de tantas y tan relevantes aportaciones en torno al escritor y su obra inmortal.

Quevedo ante la variedad prosística del XVII

Cuando se piensa en la labor inmensa de los primeros editores modernos de las obras en prosa de Quevedo,¹⁴ los nombres de Aureliano Fernández-Guerra, Luis Astrana Marín y Felicidad Buendía descuellan por su legado de unas ediciones que —con sus múltiples aciertos, y aun a pesar de los necesarios matices— constituyen el fundamento de los estudios actuales. Con menos frecuencia nos detenemos en la nueva edición crítica de las *Obras Completas de Francisco de Quevedo Villegas* de Fernández-Guerra que revisó Marcelino Menéndez Pelayo y cuyo primer tomo se publicó en 1897. En su afán de seguir reuniendo documentos y noticias para una nueva edición refundida, Fernández-Guerra trabajó, infatigable, hasta el final, pero la muerte le impidió culminar su proyecto. En colaboración con la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Menéndez Pelayo asumió la labor de completar la tarea, que nunca llegó a terminarse. En su advertencia preliminar, subrayaba la inmortalidad del escritor, sugiriendo también la de su insigne editor, Fernández-Guerra:

Sea grato a su sombra el obsequio que hoy le tributo contribuyendo a salvar del olvido el insigne trabajo crítico que hará para siempre inseparables su nombre y el de Quevedo. ¡Gran fortuna: no poder morir más que con un inmortal! (Menéndez Pelayo: 1897: VIII)

La obra inmensa de Menéndez Pelayo contiene algunas referencias a la obra de Quevedo que evidencian la estima que le

¹⁴ Al cierre de la edición crítica y anotada de las *Obras completas en prosa de Quevedo* (2003-2020), bajo la dirección de Alfonso Rey, en el volumen octavo y último de su prosa original, Rey (2020: LXXXVIII) ofrece un cómputo aproximado del resultado del proyecto de investigación: «81 obras (más otras seis atribuidas)» y unas «siete mil páginas».

mereció, no exenta de una cierta prevención hacia alguno de los rasgos de su estilo. Disertando sobre la cultura literaria de Cervantes, negada por muchos cervantistas, reconocía que «carecía sin duda de la vastísima y universal erudición de don Francisco de Quevedo» (Menéndez Pelayo: 1941). Y añadía a continuación, a propósito de una de sus obras más celebradas, culminación de la prosa lucianesca:

Por la fuerza demoledora de su sátira; por el hábil y continuo empleo de la ironía, del sarcasmo y de la parodia; por el artificio sutil de la dicción, por la riqueza de los contrastes; por el tránsito frecuente de lo risueño a lo sentencioso, de la más limpia idealidad a lo más trivial y grosero; por el temple particular de su fantasía cínicamente pesimista, Luciano revive en los admirables *Sueños*, de Quevedo, con un sabor todavía más acre, con una amargura y una pujanza irresistibles. Era Quevedo helenista, y de los buenos de su tiempo.

[...]

No tiene Cervantes una *manera* violenta y afectada, como la tienen Quevedo o Baltasar Gracián, grandes escritores por otra parte. Su estilo arranca, no del capricho individual, no de la excéntrica y errabunda imaginación, no de la sutil agudeza, sino de las entrañas mismas de la realidad que habla por su boca.

En su *Historia de las ideas estéticas*, Menéndez Pelayo (2008: 346) realzaba la inmensa cultura clásica de Quevedo, sin parangón entre sus contemporáneos, su «genialidad», capaz de arrastrarlo hacia vicios elocutivos como la sentenciosidad senequista y las agudezas «tétricas», que a su juicio devienen en un frecuente «mal gusto»:

La educación clásica y filosófica de Quevedo era harto más robusta y extensa que la de Jáuregui o la de Lope; pero su gusto distaba mucho de ser tan intachable como el del primero, ni tan inclinado a la sencillez y a la llaneza como el del segundo. Dejábase arrebatarse con frecuencia del torrente del mal gusto (de un mal gusto distinto del de

Góngora), no por anhelo de dogmatizar, sino por genialidad irresistible, que le llevaba a obscuras moralidades sentenciosas, a rasgos de la familia de los de Séneca, a téticas agudezas, que convierten su estilo en una perenne danza de los muertos.

Con más razón que en el caso de Cervantes, no cabe considerar a Menéndez Pelayo un quevedista en sentido estricto. No obstante, su colaboración decidida para completar una de las ediciones fundamentales de la prosa quevediana lo convierte en partícipe de la progresiva valoración de facetas literarias de Quevedo que habían pasado más desapercibidas entre sus contemporáneos. Y en esta recuperación del pensamiento político y moral de Quevedo, por ejemplo, influye la historia del *Boletín*: sus páginas han albergado una treintena de investigaciones, también sobre su poesía, firmadas por algunos de los más prestigiosos estudiosos de su obra en el siglo XX y hasta la actualidad, como el erudito recientemente fallecido James O. Crosby y el profesor Alfonso Rey.

Las aportaciones fueron incluidas, mayoritaria pero no exclusivamente, en dos números extraordinarios: el publicado en 1945, en coincidencia con el tricentenario de la muerte de Quevedo, con una decena de aportaciones; y el correspondiente a 1980, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento, cuando a las publicaciones se sumaron exposiciones bibliográficas conmemorativas.

El libro que mayor fortuna ha cosechado, desde su publicación en Zaragoza en 1626, en circunstancias aún imprecisas, es su peculiar renovación del género picaresco conocida con el título abreviado de *Buscón*. A las ediciones sucesivas en España se suman las impresas en otros países y también las abundantes traducciones a las principales lenguas modernas europeas. Tal éxito tiene su lógico impacto en los estudios sobre la obra de Quevedo, que, en lo que respecta al *BBMP*, han priorizado el relato protagonizado por Pablos. Un trabajo ya clásico, ineludible en los estudios sobre la obra e influyente durante mucho tiempo, es el de Ynduráin, quien elige una veintena de pasajes para demostrar el papel que la tradición y el contexto cumplen en el *Buscón*, porque «sólo desde la tradición literaria, y, simultáneamente, desde las creaciones contemporáneas

se puede no ya valorar, sino comprender el sentido de la obra que nos ocupa» (1986: 78). El repaso del estilo y la composición del relato picaresco arroja, a juicio del crítico, evidencias sobre el escaso cuidado y los descuidos compositivos, la hipérbole y la desmesura, así como sobre un procedimiento consistente en ensamblar o combinar elementos «prefabricados» (86). Reconoce Ynduráin que la incursión de Quevedo en el territorio de la picaresca se salda con un éxito indiscutible: «El modelo triunfante es el erigido por Don Francisco», porque, a partir del *Buscón*, la novela picaresca «responde al modelo que establece Quevedo» (112). El estudioso niega al escritor cualquier propósito de cuestionar sistema alguno, entre otras razones porque «la fuerza de atracción del chispazo ingenioso es tan grande que atrae y deforma el espacio circundante» (113); Pablos se muestra así como «un instrumento para exhibir el ingenio (y la superioridad) de Quevedo» (114). Tal juicio, que cabe relacionar con afirmaciones que tuvieron especial fortuna en la tradición de los estudios de Quevedo, como su condición de mero ingenio verbal, subrayada por Borges, y matizada en estudios ulteriores como los de Rey (2014),¹⁵ conduce a una conclusión que enfatiza la vertiente jocosa de la obra, al tiempo que resta protagonismo a otras facetas: «Me parece que a Quevedo, en el *Buscón*, le interesa menos reformar las costumbres que exhibir su superioridad» (136).

También Cánovas (1996) se ocupa del estilo del *Buscón*, aunque se centra en dos recursos concretos de supresión: elipsis y zeugma.¹⁶ Tomando como ejemplo ilustrativo el pasaje de la huésped de la casa donde Pablos se recupera tras su frustrado intento de boda con doña Ana, constata cómo prevalece, más que la descripción de rasgos, el reflejo de acciones, enmascaradas tras complejas alusiones y juegos de palabras, para, en su opinión, dejar que el propio lector extraiga sus conclusiones, en una descripción indirecta. El mecanismo de la elipsis permitiría a Quevedo dar por conocido lo que se omite y proyectar así la atención sobre la información nueva, suprimir componentes sintácticos y generar transformaciones recurrentes, con el resultado de una condensación

¹⁵ Remito a la reseña de la edición de las cuatro versiones variantes del *Buscón* realizada por Rey (2007), incluida en el *BBMP*, a cargo de Rico García (2009).

¹⁶ El artículo está integrado también en su monografía del mismo año, *Aproximación al estilo de Quevedo*.

de la expresión y un agolpamiento de los nuevos significados. Dicho recurso se potencia con la menos frecuente introducción de un tipo especial de elipsis: el zeugma, en su modalidad simple o compleja.

Relacionada con el *Buscón*, aunque referida de modo más amplio a la picaresca y la etimología del vocablo «pícaro», se incluye en el primer monográfico la aportación de Maldonado de Guevara. El pasaje en que Pablos soborna al carcelero le permite concluir que la voz «picarillo» es «más extensa, en su generalidad, y anterior y más originaria que “pícaro”». Este último término podría proceder de *picarón* o de *picarillo* «por una derivación popular regresiva»: «pudo ocurrir que a picarillo o a picarón se le buscara un positivo hipotético y popularmente efectivo. Este no puede ser otro que pícaro o pícaro» (1945: 525).

La fortuna literaria de la sátira lucianesca más celebrada e imitada de Quevedo, las cinco narraciones satírico-morales que denominamos *Sueños*, tiene su reflejo en los artículos del *Boletín*, con tres aproximaciones de índole diversa. La más temprana, inserta en el ámbito de la ecdótica, es la de Tamayo (1945), quien se ocupa del «texto» de esta obra, ponderando la extraordinaria dificultad que entraña su edición crítica: tras las ediciones de Fernández-Guerra, Astrana y otros editores, subrayaba que aún quedaba mucho por hacer para alcanzar un texto crítico fiable de los *Sueños*, capaz de resolver sus múltiples dificultades. La reflexión, que incluye un recuerdo para las referencias dispersas de Menéndez Pelayo a esta obra quevediana, debe leerse como acicate, estímulo, para las ediciones posteriores, en particular para la monumental de Crosby (1993), a quien también debemos el análisis de la tradición manuscrita de los *Sueños* (2005). Sus meritorios estudios —se trata de una obra con tres versiones variantes fundamentales, provocadas por la acción de la censura, y una compleja transmisión a través de manuscritos— constituyen el punto de partida ineludible de todas las ediciones posteriores. Cabe interpretarlos como respuesta idónea al llamamiento de Tamayo.

Maldonado se centra en un pasaje de difícil interpretación del *Sueño del Infierno*, no esclarecido por críticos anteriores: el del camarín de Lucifer, donde se encuentran unas poyatas llenas de «vírgenes hocicadas», «doncellas penadas como tazas», que ha suscitado exégesis diversas. Con sus «nuevas apostillas» al pasaje de

Quevedo, desvela el posible valor de tales sintagmas, un ejemplo de concentración expresiva y uso de términos equívocos para construir «un impecable juego de palabras lleno de intención y sugerencias» (1976: 180). Cacho (2000) amplía la perspectiva para relacionar la construcción de la obra con el «marco onírico e infernal» de Dante en la *Divina Commedia*; los estudios previos sobre las fuentes quevedianas habían constatado más diferencias que puntos de contacto entre ambas obras, pero se aprecian paralelismos significativos que permiten suponer que Dante (junto a Luciano y Virgilio) pudo jugar un papel de relieve en los *Sueños*, inscritos en la tradición literaria de las representaciones infernales, una hipótesis fortalecida por el hecho de que el escritor leyó y escribió anotaciones en los márgenes del ejemplar de la *Commedia* que poseyó.

En el primer volumen conmemorativo, Barquer diserta sobre la influencia de Quevedo en la literatura inglesa, más limitada que la de Cervantes a consecuencia de su complejidad lingüística, prestando atención a las dos obras más populares antes mencionadas: el *Buscón* y los *Sueños*, a los que se añaden referencias a traducciones de algún poema suelto. Pero apunta otro posible motivo capaz de justificar la dificultad que entrañaba la difusión de las obras quevedianas en Inglaterra: la supuesta contradicción entre la imagen de España que prevalecía en el lector inglés y la reflejada en su literatura. Por ello concluye que «el amargo Quevedo, con su sátira y sus sufrimientos personales, destruía esa ilusión» (1947: 435). Barker desempeñó una labor pionera en este campo de trabajo, pues, a su zaga, la transmisión de sus obras en el ámbito inglés ha merecido diversos estudios ulteriores.

Existe un ámbito que se revela propicio para la difusión a través de las páginas del *Boletín*: los hallazgos bibliográficos relacionados con la producción quevediana, animados por la existencia de textos perdidos que se mencionaban ya en la primera biografía póstuma, la de Pablo de Tarsia, publicada en 1663. El artículo más destacado es el de Rey (1993), quien da a conocer el que hasta entonces era un texto inédito de Quevedo: *Execración por la fe católica contra la blasfema obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos*. Un manuscrito localizado en la biblioteca del Real Consulado de A Coruña, sobre el que también informan Cabo y Fernández Mosquera (1993),

permite conocer por vez primera, a través de una edición crítica, un memorial dirigido contra ciertos judíos portugueses, que alimenta la fama antijudía del escritor. Casi dos décadas después, Alonso Veloso (2010) revelaba la existencia de otra copia manuscrita de dicha obra, también desconocida, en la biblioteca de la Real Colegiata de Roncesvalles (Navarra); la nueva fuente textual presenta numerosas lecturas variantes, incluido su título, y facilita la edición crítica siempre compleja de una obra con testimonio único. En relación con la producción literaria quevediana y sus testimonios, Cascón (1945) publica unas «adiciones arevalianas a Nicolás Antonio», que amplían los datos conocidos sobre la bibliografía de Quevedo; la información procede de manuscritos autógrafos e inéditos de Faustino Fernández Arévalo conservados en el archivo de Loyola, el más importante de los cuales consiste en unas adiciones y enmiendas que hizo a la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio, respecto a varios millares de obras, entre ellas las de Quevedo. Con tal información, Cascón preparaba los *Estudios de Bibliografía Española de Faustino Arévalo, complemento a la Bibliotheca de Nicolás Antonio*.

El *BBMP* acogió otros artículos que informaban sobre documentos que permiten conocer mejor sus relaciones con el poder o con el campo literario en el que se inserta su actividad. Crosby aporta materiales que completan la biografía de Quevedo entre los años 1617 y 1621, aclarando aspectos de su vida como miembro de la diplomacia española en Italia y su servicio en Madrid como agente de Osuna y embajador del reino de Nápoles: cartas al Duque de Uceda; al secretario del rey, Jorge de Tovar; un sumario relacionado con la causa criminal contra Uceda; una nota en un sumario del fiscal en la causa contra Osuna y Uceda; así como fragmentos del memorial del fiscal en la causa contra Uceda, «Lo que resulta contra Quevedo». Como explica el estudioso, los documentos muestran que «en el otoño de 1617 Quevedo tomó parte en el intento frustrado de conseguir licencia para que el duque de Osuna volviera a España» (1958: 260); por su parte, los fragmentos del memorial de Chumacero permiten apreciar «el ambiente de recriminaciones» del proceso, la índole de las acusaciones de Quevedo y las réplicas del duque de Uceda; finalmente, la última lista detalla los cargos contra él en el famoso proceso (261). Iglesias Feijoo se detiene en el contenido de un

interesante epistolario manuscrito conservado en la Real Academia de la Historia, que contiene algunas cartas eruditas de diversos literatos de España, dirigidas a don Josef Pellicer de Tovar, cronista mayor del rey. El volumen incluye noticias relacionadas con los comentaristas de Góngora y la trayectoria del historiador zaragozano, así como una carta inédita de Quevedo datada en 1628, una «epístola de compromiso» que «no posee el gran valor literario o la honda reflexión humana de otras muchas de su autor» (1983: 192); su interés reside en la información que aporta sobre las relaciones con Pellicer, «no [...] siempre apacibles» (193), y polémicas como la suscitada en torno al patronato de Santiago y *La Perinola*.

En el ámbito de los estudios relacionados con la transmisión textual, cabe destacar la aportación de Díaz Martínez (1999), que explica los rasgos más significativos de la tradición manuscrita del *Discurso de las privanzas* de Quevedo, su tratado político más temprano, donde reflexiona y amonesta sobre la función del privado y su relación con el monarca; una década después (2009 y 2010), publicaba la edición crítica y anotada de la obra. Por su parte, Marañón (2000) propone unos «apuntes para una edición», en los que atiende al texto y a las circunstancias de *El entremetido, la dueña y el soplón* de Quevedo, título de la versión variante (inducida por la censura) de la sátira lucianesca que conocemos como *Discurso de todos los diablos, o infierno emendado*, publicada en 1628; ese mismo año se publica la segunda de las versiones, donde el título se transforma en *El peor escondrijo de la muerte* y se introducen dos pasajes nuevos, entre otros cambios de menor relieve. La versión estudiada por Marañón se integró en la obra titulada *Juguetes de la niñez* (1631), una palinodia donde abundan los cambios paliativos por razones ideológicas y religiosas.

El estudio de las fuentes de la erudición reflejada en las obras, materia siempre densa en la tradición quevediana, también está representada en el *Boletín*. Uno de los estudios más significativos, publicado en el monográfico del cuarto centenario del nacimiento de Quevedo, está firmado por Balcells (1980), quien diserta sobre el «*do ut des*», las oraciones a los dioses en demanda de bienes o el intento de comprar a Dios con las mismas, topoi que recorre la literatura occidental desde la patrística. La obra de Quevedo es rica en recurrencias: *Sueño del infierno*, *Doctrina moral*, *Su*

espada por Santiago, De los remedios de cualquier fortuna, Las cuatro fantasmas, sus traducciones de epístolas de Séneca, *La constancia y paciencia del santo Job, Providencia de Dios, Marco Bruto* y varios poemas morales incluidos en la musa *Polimnia*. Las fuentes paganas fundamentales son Luciano y Persio, y, en una cristianización del topos, la oración modélica, el «*Pater noster*», incluido en *La cuna y la sepultura*, en el apartado titulado *Doctrina para morir*. Esta aportación señera está secundada por otras que inciden en esta faceta del intelectual que fue Quevedo: la de López Poza (1991) ofrece un repaso de la utilización de los textos patrísticos en la obra quevediana; la de Díaz Martínez (2002) discurre por la significativa presencia del historiador y filósofo griego Plutarco en los textos en prosa de Quevedo; y la de Alonso Veloso (2009) estudia la peculiar imbricación que existe entre las citas sagradas aducidas por Quevedo en el tratado moral *Las cuatro fantasmas de la vida* y el pensamiento pagano que va articulando su discurso.

Algunos artículos abordan aspectos o textos relacionados con las abundantes polémicas en las que se vio envuelto Quevedo. González Marañón (1946) se adentra en las relaciones entre el escritor y Castellani, que tienen como fondo el papel político de la República de Venecia en la época, y la actuación del escritor español durante la estancia en Italia; de tales circunstancias se derivan los textos titulados *Aviso del Parnaso* y *Castigo esemplare*, difundidos entre 1617 y 1618. Battaner (1981) analiza la lengua de Quevedo, fijándose en comentarios críticos contemporáneos, en concreto la *Venganza de la lengua española*, una invectiva dirigida contra el autor de *Cuento de cuentos*. Candelas (2007) aborda la polémica suscitada por la concesión del patronato de España a santa Teresa, en detrimento de Santiago, en la que Quevedo intervino con dos memoriales; en concreto, se fija en los escritos del arzobispo de Santiago, de fray Pedro de la Madre de Dios y el papel titulado *Justa cosa ha sido elegir por patrona de España y admitir por tal a Santa Teresa*, reflejados en el *Memorial por el patronato de Santiago* de Quevedo.

El resto de las publicaciones quevedianas evidencian la riqueza de perspectivas y, muy especialmente, la heterogeneidad única de las modalidades en prosa utilizadas por Quevedo. En la esfera burlesca, Gili Gaya (1945), estudia el *Arancel de necedades* en la obra de Mateo Alemán, proponiendo las premáticas y los aranceles

generales como eslabón intermedio entre el autor del *Guzmán de Alfarache* y la *Premática del Tiempo*, obra de autoría controvertida que atribuye a Quevedo después de su minucioso análisis. Pero también la esfera grave encuentra lugar. En cuanto a los tratados políticos, un artículo de Martínez Burgos califica a Quevedo como un «ingenioso escriturista» (1945: 448), a propósito de su *Política de Dios*, que compara con las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo; de su cotejo se infiere la supuesta inferioridad del autor madrileño. También en el ámbito de la materia política, Solana (1945) rastrea las ideas de Quevedo en torno a la hidalguía en *Marco Bruto*, obra en la que, a su juicio, se postula que la hidalguía es un tipo de nobleza que llega a los hombres a través del linaje. La esfera moral, tan característica de la producción quevediana, se estudia en el trabajo de Vallina (1945), quien propone la exégesis de un párrafo de Quevedo en *La cuna y la sepultura*.

El abanico de posibilidades se cierra con una nota curiosa de Glendinning (1957) a propósito de una desconocida alusión a Quevedo en la obra de un coetáneo suyo, Bernardo Cienfuegos (1580-1640), titulada *Historia de las plantas*; en ella se habla de un manuscrito de su biblioteca que se habría negado a prestar al botánico para su consulta.

La picaresca: auge y declive de un género

La narrativa picaresca, que adquiere un notable desarrollo en España desde la publicación del *Guzmán de Alfarache* (1599 y 1604) y durante las primeras décadas del siglo XVII, para desaparecer rápidamente después de un proceso de hibridación con otros géneros prosísticos, ha despertado un relativo interés a lo largo de la historia de la revista. El primer hito se encuentra en una serie de aportaciones de Pereyra (1927 y 1928), dedicadas a la «Soldadesca y Picaresca». Estos estudios tempranos tuvieron continuidad en 1963, con los artículos sobre la picaresca de un crítico ya clásico, Laurenti, quien centra su atención en los diminutivos empleados en el *Lazarillo* de Juan de Luna y su efecto de «coloración afectiva», presunto reflejo de la transición entre el Renacimiento de Lázaro de Tormes y el Barroco. A su juicio, Luna los usa «con consciente primor despectivo, como diminutivos de dominante emocional, en

el sentido de hostilidad, odio o desprecio hacia el individuo u objeto que describe (1963: 53). Tales diminutivos desvalorativos — explica— concuerdan con el tono general de la obra, la actimonia: «son estímulos grotescos que llevan los personajes que hablan a las cumbres de la comicidad (56).

Del propio Laurenti es un análisis sobre las impresiones y descripciones de las ciudades españolas en las narraciones picarescas del Siglo de Oro, obras que se caracterizan por su tono de «memorias personales» desgranadas en un marco geográfico representado por la constante descripción de impresiones y recuerdos urbanos. Se trata de un recurso «técnico-novelesco, un medio empleado para lograr ese escenario natural en que se mueven los protagonistas de las novelas picarescas» (1964: 309). También Laurenti (1971) propone un estudio del mundo social de la segunda parte del *Lazarillo de Tormes* de Juan de Luna (1620), fijándose en su ambiente y sus personajes, confrontados con el mundo social del *Lazarillo* renacentista.

Aparte de la reseña de Yndurain (1979) a la edición de *La desordenada codicia de los bienes ajenos* a cargo de Giulio Massano, el *Boletín* aun incluye un análisis de Moratilla acerca de la presencia de la celestinesca en *El Guitón Honofre*. Del análisis se desprende que esta obra es un «precioso eslabón en la reconstrucción del género en el momento mismo de su apogeo y de su inmediata decadencia» (1989: 55), un «*contrafectum* paródico de la *Atalaya*» (56). *La Celestina* adquiere un protagonismo singular en el relato de Gregorio González, donde es posible constatar «las estrechas relaciones entre celestinesca y picaresca» (57), como se evidencia en su enumeración de coincidencias entre ambas obras.

Colofón

El recorrido por los cien años de reflejos de la rica prosa barroca en el *BBMP* quedaría incompleto sin una rápida mención de otros autores que, aunque con una vida fugaz en las páginas de la revista, son imprescindibles en la historia literaria del siglo XVII. No podían faltar en la revista aportaciones sobre la obra de Lope de Vega, tanta era la admiración personal de Menéndez Pelayo por Lope. Como decía Dámaso Alonso en 1956, «la literatura española

ha tenido, pues, dos monstruos de la naturaleza: uno, Lope, y otro, don Marcelino» (Calvo: 2006: 332). Entrambasaguas (1935) se ocupa de desmentir el supuesto desconocimiento de la lengua latina; para ello, transcribe, en español y en latín, el desconocido texto de la traducción castellana del tratado *De deorum imaginibus* a cargo de Lope, que dejó sin concluir y se conserva en una copia manuscrita del siglo XVII en la BNE: aunque carecería de valor literario alguno, demuestra su competencia en latín al tiempo que revela una de sus fuentes predilectas para la materia mitológica. En el caso de Osuna (1969), se fija en la «forma interior» de la novela pastoril *La Arcadia*, de Lope de Vega, en la cual destaca un importante elemento lírico, no exento de componentes que se pueden considerar dramáticos.

La preocupación ecdótica tiñe el estudio de Cuesta (1955), quien postula que las oscuridades apreciables en el *Criticón* de Gracián se derivan de «lecturas incorrectas», como deja patente su repaso de la tradición textual y la propuesta de correcciones al texto de la edición de Romera. El jesuita zaragozano reaparece en un análisis de Jesús Gómez (2013) dedicado al conceptismo del diálogo entre *El Discreto* y *El Criticón*. La impronta textual se aprecia, nuevamente, en la aportación de Boadas (2012), quien ilustra el proceso de redacción de *Locuras de Europa* de Diego Saavedra Fajardo, con un exhaustivo análisis de los datos. Más desconocida es la figura de Francisco de Quintana, un novelista olvidado, amigo de Lope de Vega, recuperado por Zimic (1975); autor de las novelas extensas de amor y aventuras *Experiencias de amor y fortuna* (1626) e *Historia de Hipólito y Aminta* (1627), intervino en las honras fúnebres de Lope en 1635 y leyó el sermón funeral por Pérez de Montalbán, en 1638.

De índole más general es el estudio de Iglesias Feijóo sobre la aprobación de libros en la España del Siglo de Oro, donde se desmenuzan los requisitos necesarios para la publicación en la España del siglo XVI y las primeras décadas del XVII. La explicación detallada del proceso se basa sobre todo en exámenes previos realizados por otros estudiosos de los protocolos de los escribanos de cámara, y también en la localización de originales de imprenta y la revisión directa de los propios libros. Pero no todo está dicho ni conocido en este ámbito: «es de esperar que un análisis detallado de nuevos documentos permita perfilar aún mejor todo este

apasionante mundo del libro impreso en nuestra época clásica» (2017-2018: 57-58).

Como cierre de este recorrido, la amplia mirada crítica del reconocido estudioso del Siglo de Oro Agustín González de Amezúa y Mayo (1881-1956), recuperada en un exhaustivo itinerario bibliográfico trazado con maestría por González Ramírez, quien, antes de adentrarse en el prolijo catálogo de una obra de tal magnitud, bosqueja el perfil inabarcable del ilustre filólogo: «atesoraba en su currículum un abundante número de publicaciones, principalmente de carácter histórico y literario. Desde su primer trabajo de relieve, su tesis doctoral, defendida en la Universidad Central de Madrid en 1902, hasta la edición inconclusa de la novelística breve cervantina, un sinfín de libros, artículos, prólogos, trabajos administrativos, disertaciones académicas y ensayos periodísticos, todos coherentemente organizados en torno a una serie de temas que desde su juventud siempre le interesaron, se amalgaman en su dilatada trayectoria investigadora» (2011: 221).

El *BBMP* es, en suma, eslabón imprescindible en la configuración del cervantismo, en cierta medida acicate para el posterior nacimiento de instituciones como la Sociedad Cervantina (1953), la *Cervantes Society of America* (1978) y la Asociación de Cervantistas (1988). Es también lugar de ensayo de preocupaciones críticas en torno a la obra de Quevedo, que se van descubriendo y consolidando en sus páginas, en una esencial contribución a lo que hoy llamamos «quevedismo», mucho más rico que la parcial consideración sobre la faceta jocosa y la agudeza verbal del escritor. Junto con la picaresca, género que acumula varias creaciones barrocas que consideramos ya clásicas, el *Boletín* ha ido proponiendo nuevos enfoques, perspectivas diferentes, miradas renovadas de gran impacto en la reflexión crítica sobre una prosa genial que sigue despertando admiración e interés cuatrocientos años después de su escritura.

MARÍA JOSÉ ALONSO VELOSO

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Bibliografía

AGUILERA, Ignacio. (1945). «Sobre tres romances atribuidos a Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 494-523.

ALDA TESAN, Jesús Manuel. (1947). «Los cautivos de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 150-162.

ALLEN, John. (2016). «*Fanfarría para el hombre común*. Los orígenes del teatro comercial europeo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 17-22.

ALONSO CORTÉS, Narciso. (1946). «Sobre unas notas del *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 22. 170-176.

ALONSO CORTÉS, Narciso. (1947). «Un notable biógrafo de Cervantes: Jerónimo Morán». 23. 2 y 3. 65-86.

ALONSO VELOSO, María José. (2009). «Relaciones entre citas sagradas y pensamiento pagano en *Las cuatro fantasmas de la vida* de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 85. 109-138.

ALONSO VELOSO, María José. (2010). «Nuevos testimonios de obras de Quevedo en un manuscrito de una biblioteca de Roncesvalles». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 86. 425-431.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. (2016). «Cervantismo y quijotismos en el siglo XVIII». *Carlos III y Cervantes*. Carmen Iglesias (coord.). Madrid.

ÁLVAREZ ROBLIN, David. (2016). «El *Quijote* de Lesage (París, 1704): ¿Una reconciliación entre Cervantes y Avellaneda?». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 23-38.

ARCO, Ricardo del. (1950). «Cervantes y las supersticiones». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 26. 338-361.

ARCO, Ricardo del. (1952). «Mujer, amor, celos y matrimonio vistos por Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 28. 133-165.

BAIG-BAÑOS, Aurelio (1930). «Apostillas cervantinas. Acerca de Celestino Nanteuil y de su retrato de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 12. 131-142.

BALCELLS DOMÉNECH, José María. (1980). «Quevedo y la oración. Del “*do ut des*” al “*Pater noster*”». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 56. 173-214.

BAQUERO ESCUDERO, Ana L. (2005). «La variedad de regiones literarias en las historias intercaladas en el *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 21-49.

BAQUERO ESCUDERO, Ana L. (2008). «El Quijote desde distintas perspectivas (de las reflexiones de Cervantes a las de la crítica actual)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 84. 457-469.

BAQUERO ESCUDERO, Ana L. (2012). «Cervantes visto por Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 88.1. 163-184.

BAQUERO ESCUDERO, Ana L. (2016). «Azorín ante los personajes del *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 39-53.

BAQUERO GOYANES, José María. (1947). «Sobre el realismo del *Persiles*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 212-218.

BARQUER, J.W. (1945). «Notas sobre la influencia de Quevedo en la Literatura inglesa». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 429-435.

BATTANER ARIAS, M.^a Paz. (1981). «La lengua de Quevedo: comentarios críticos contemporáneos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 57. 105-121.

BLASCO, Javier. (2005). «El género de las genealogías en el *Quijote* de Avellaneda». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 51-79.

BOADAS, Sònia (2012). «El proceso de redacción de *Locuras de Europa* de Diego Saavedra Fajardo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 235-256.

CACHO CASAL, Rodrigo. (2000). «El marco onírico e infernal en Quevedo y Dante: los *Sueños* y la *Divina Commedia*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 76. 147-179.

CALVO, Florencia. (2006). «La clasificación de las obras de Lope de Vega por Marcelino Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 331-352.

CANAVAGGIO, Jean. (2000). «Hacia la nueva biografía de Miguel de Cervantes». *Cervantes entre vida y literatura*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos.

CANAVAGGIO, Jean. (2016). «Recorridos americanos de Don Quijote». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 55-67.

CANDELAS COLODRÓN, Manuel Ángel. (2007). «Los escritos del arzobispo de Santiago, de fray Pedro de la Madre de Dios y el papel titulado *Justa cosa ha sido elegir por patrona de España y admitir por tal a Santa Teresa*, en el *Memorial por el patronato de Santiago de Quevedo*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 83. 111-128.

CÁNOVAS MÉNDEZ, Marcos. (1996). «Elipsis y zeugma en *El Buscón* de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 72. 17-38.

CASCÓN, Miguel (1945). «Notas. Adiciones arevalianas a Nicolás Antonio en la bibliografía de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 529-534.

CASCÓN, Miguel (1947). «Los jesuitas según Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 179-211.

CLOSE, Anthony J. (2005). «La comicidad del primer *Quijote* y la aventura de los galeotes (*Don Quijote* I, 22)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 81-105.

CORTINES MURUBE, Felipe. (1947) «Cervantes en Argel y sus libertadores trinitarios». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 87-10.

COSSÍO, José M.^a de. (1945). «Lección sobre un soneto de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 409-428.

COSSÍO, José M.^a de. (1923). «Gracián, crítico literario». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 17. 69-74.

COSSÍO, José M.^a de. (1935). «Observaciones sobre el *Quijote* de Avellaneda». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 53-62.

CRESPO LÓPEZ, Mario. (2000). «Cervantes y la Corte. Apuntes biográficos, sociopolíticos y culturales de las relaciones aúlicas de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 76. 63-145.

CRESPO LÓPEZ, Mario. (2002). «Rey, instituciones y oficios de gobierno en la vida y obra de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 78. 133-167.

CROSBY, James O. (1958). «Nuevos documentos para la biografía de Quevedo. 1627-1651». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 34. 229-261.

CROSBY, James O. (2005). *La tradición manuscrita de los «Sueños» de Quevedo y la primera edición*. Indiana. Purdue University Press.

CROSBY, James O. (ed.). (1993). *Francisco de Quevedo, Sueños y discursos*. Madrid. Castalia.

CUESTA DUTARI, Norberto (1955). «Para un texto más correcto del *Criticón*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 19-50.

CUEVAS CERVERA, Francisco. (2016). «Don Quijote, un motivo ambivalente para escritores en tiempos de guerra y exilio (1808-1833)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 69-91.

D'ONOFRIO, Julia. (2016). «De Micomicona a la jimia de bronce. Los ejemplos de una mona para construir un personaje». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 93-113.

DÍAZ MARTÍNEZ, Eva María. (1999). «Notas bibliográficas sobre los manuscritos del *Discurso de las privanzas* de Francisco de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 75. 91-112.

DÍAZ MARTÍNEZ, Eva María. (2002). «Notas sobre las referencias a Plutarco en la prosa de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 78. 69-98.

DOTRAS BRAVO, Alexia. (2016). «Las falsificaciones de la Historia: Cervantes entre Bragança y Sanabria». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 115-131.

EDWARDS, Gwynne. (1973). «Los dos desenlaces de *El celoso extremeño* de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 49. 281-291.

ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, Joaquín de. (1935). «Una traducción latina de Lope de Vega». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 17. 3-13.

ESPINA, Concha. (1947). «Don Quijote y el río Ebro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 5-11.

FARINELLI, Arturo. (1947). «Cervantes y el sueño de la vida». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 12-20.

FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano (ed.). (1897). *Obras completas de Francisco de Quevedo Villegas*. Marcelino Menéndez Pelayo (notas y adiciones). Sevilla. Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

FERNÁNDEZ LERA, Rosa y Andrés del REY SAYAGUÉS (ed. lit.). (2005). *El Quijote y el III centenario (1605-1905) en la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. Catálogo de la exposición del IV centenario del Quijote, mayo 2005.293 Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo.

FERRER RODRÍGUEZ, Eulalio. (2005). «Las trilogías cervantinas». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 107-117.

FIGUEIREDO, Fidelino de. (1947). «Don Francisco Rodríguez Marín. Una visita en 1927 al maestro de los estudios cervantinos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 112-118.

FLORIT DURÁN, Francisco. (1999). «La recepción de la literatura del Siglo de Oro en algunos ensayos del 98». *La independencia de las últimas colonias españolas y su impacto nacional e internacional*. J. M. Ruano de la Haza (ed.). Ottawa (Canadá). Dovehouse Editions. 279-296.

FUENTES, Carlos. (1993). «Elogio del Barroco». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 387-410.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2005). «“El cervantismo” de Pereda y la crítica esotérica del *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 119-173.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2016). «Don Quijote y los títeres: el retablo de Maese Pedro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 133-145.

GARCÍA JAMBRINA, Luis Miguel. (2005). «Cuatro sonetos quijotescos dedicados a Eulalio Ferrer». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 175-183.

GELABERT GONZÁLEZ, Juan Eloy. «Lugares de la Mancha». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 185-206.

GILI GAYA, Samuel (1945). «Guzmán de Alfarache y las Premáticas y aranceles generales». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 436-442.

GILI GAYA, Samuel (1947). «*Las Sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 103-111.

GILI GAYA, Samuel. (1945). «*Guzmán de Alfarache* y las *Premáticas y aranceles generales*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 436-442.

GLENDINNING, Nigel. (1957). «Una desconocida alusión a Quevedo en un coetáneo suyo. [Bernardo Cienfuegos en su *Historia de las plantas*]». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 33. 366-367.

GÓMEZ CANSECO, Luis (ed.). (2014). *Alonso Fernández de Avellaneda, Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Madrid. Real Academia Española/ Centro para la Edición de Clásicos Españoles.

GÓMEZ CANSECO, Luis. (2016). «Garcilaso en el teatro de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 147-171.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo (1929). «Menéndez y Pelayo historiador y crítico de la novela». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 11. 1-21.

GÓMEZ, Jesús. (2013). «El conceptismo del diálogo entre *El Discreto* y *El Criticón*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 107-126.

GONZÁLEZ MARAÑÓN, Jesús. (1946). «Quevedo y Castellani». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 22. 356-371.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David. (2011). «Itinerario bibliográfico de un estudioso del Siglo de Oro: Agustín G. de Amezúa». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 87. 221-240.

GONZÁLEZ, Aurelio. (2009). «El cervantismo y Eulalio Ferrer». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 85. 661-663.

GUTIÉRREZ, Jesús. (1974). «El significado de “fortuna bifrons” en la literatura española del Siglo de Oro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 5-88.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2019). «Epílogo: Cervantes en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*». *Cervantes y la posteridad: cuatrocientos años de legado cervantino*. Alfredo Moro Martón (ed.). Madrid - Frankfurt am Main. Iberoamericana - Vervuert.

HATZFELD, Helmuth. (1927). «Puntos de contacto artísticos entre Cervantes y Rabelais (traducción de Manuel García Blanco)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 9. 210-227.

HATZFELD, Helmuth. (1928). «El estilo de Cervantes en *El Quijote* (traducción del alemán por Manuel García Blanco)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 10. 232-241.

HITCHCOCK, Richard. (2005). «¿Traducir o interpretar? Un comentario sobre algunas traducciones del *Quijote* al inglés en los siglos XVII y XVIII». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 207-225.

IGLESIAS FEIJOO, Luis. (1983). «Una carta inédita de Quevedo y algunas noticias sobre los comentaristas de Góngora, con Pellicer al fondo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 59. 141-203.

IGLESIAS Feijóo, Luis. (2007). «Cervantes, el *Quijote* y la ecdótica. A propósito de un libro de Francisco Rico». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 83. 89-109.

IGLESIAS Feijóo, Luis. (2017-2018). «“Tiempos recios”: la aprobación de libros en la España del Siglo de Oro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 93-94. 31-92.

KAIXIAN, Chen. (2005). «La recepción de *Don Quijote* en China». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 227-239.

LAPESA, Rafael. (1947). «Aldonza-Dulce-Dulcinea». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 48-53.

LAURENTI, Joseph L. (1963). «La coloración afectiva del *Lazarillo* de Juan de Luna a través de los diminutivos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 39. 53-56.

LAURENTI, Joseph L. (1964). «Impresiones y descripciones de las ciudades españolas en las novelas picarescas del Siglo de Oro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 40. 309-326.

LAURENTI, Joseph L. (1971). «El nuevo mundo social de la segunda parte de *Lazarillo de Tormes*, de Juan de Luna (1620)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 47. 151-190.

LEVISI, Margarita (1972). «La pintura en la narrativa de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 48. 293-325.

LÓPEZ NAVÍO, José. (1960). «Cide Hamete Benengeli-Lope de Vega». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 36. 249-276.

LÓPEZ POZA, Sagrario. (1991). «Quevedo y las citas patristicas». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 67. 75-156.

LOZANO-RENIEBLAS, Isabel. (2016). «Admiración y tragicomedia en el *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 187-203.

LUCERO SÁNCHEZ, Ernesto. (2007). «De la autobiografía al diseñoseudialogístico. La insuficiencia explicativa del punto de vista único: el caso de *Guzmán de Alfarache*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 65-87.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. (2016). «Gonzalo Meléndez de Valdés, gobernador de Soconusco: el otro “Miguel de Cervantes” en América o de cómo es posible escribir una nueva biografía cervantina». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 205-223.

LUQUE MORENO, Jesús. (2010). «Lope de Vega, versificador latino. A propósito de *La Dorotea*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 86. 109-143.

MAC-GREGOR, R. H. (1926). «Varia [La isla de Taprobana mencionada en *El Quijote*]». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 8. 96-97.

MADROÑAL, Abraham. (2016). «“Él scribe come pinta”. Entre Cervantes, el Greco y otros ingenios en Toledo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 225-241.

MAGANTO PAVÓN, Emilio. (2016). «Un punto oscuro en la vida de Cervantes: su amante, Ana de Villafranca, y la hija de ambos, Isabel de Saavedra (nuevos documentos cervantinos que desvelan la vida de Isabel durante sus primeros quince años, aclarando algunas dudas y corrigiendo errores biográficos)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 243-266.

MALDONADO DE GUEVARA, Francisco. (1945). «Notas. Para la etimología picaro=picar». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 524-525.

MALDONADO DE GUEVARA, Francisco. (1947). «Ociosidad y sanchoquijotismo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 119-149.

MALDONADO, Felipe, C. R. (1976). «Las “Vírgenes hociadas” (Nuevas apostillas a un pasaje de Quevedo)». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 52. 175-182.

MARAÑÓN RIPOLL, Miguel. (2002). «Apuntes para una edición: El texto y las circunstancias de *El entremetido y la dueña y el soplón* de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 78. 99-110.

MARTÍN ABAD, Julián. (2005). «*El Quijote* y las imprentas americanas». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 241-263.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso. (2001) *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y “Avellaneda”*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso. (2005) *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*. Madrid. Biblioteca Nueva.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso. (2016). «Cervantes y Avellaneda (1616-2016): presunciones y certidumbres». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 261-299.

MARTÍN MORÁN, José Manuel. (2016). «Ejemplaridad y retórica del silencio en el prólogo de las *Novelas ejemplares*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 301-310.

MARTÍN, Adrienne L. (2016). «Cervantes, Shakespeare y el giro hacia el animal». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 266-279.

MARTÍNEZ BURGOS, M. (1945). «Quevedo escritorista. Su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 443-448.

MARTÍNEZ MATA, Emilio. (2005). «La invectiva contra los libros de caballerías en su contexto burlesco». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 265-284.

MARTÍNEZ MATA, Emilio. (2016). «El *Quijote* como sátira moral». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 311-323.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1941). «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*». *Obras Completas de Menéndez Pelayo, VI (Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I)*. Madrid. CSIC.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. (2008). *Historia de las ideas estéticas en España. Siglos XVI y XVII*. Enrique Sánchez Reyes (ed.). Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. (2008). *Orígenes de la novela. Cuentos y novelas cortas. La Celestina*. Enrique Sánchez Reyes (ed.). Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

MIJARES VERDÍN, Enrique. (2016). «El lector. Menard del tercer milenio». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 349-365.

MONTERO PADILLA, José y MONTERO REGUERA, José. (2006). *Luis Astrana Marín, fundador de la Sociedad Cervantina*. Cuenca. Diputación provincial.

MONTERO REGUERA, José. (1997). *El Quijote y la crítica contemporánea*. Madrid. Centro de Estudios Cervantinos.

MONTERO REGUERA, José. (2004). *El Quijote durante cuatro siglos: lecturas y lectores*. Valladolid. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.

MONTERO REGUERA, José. (2005). «Amores y desamores cervantinos: entre la interpretación biográfica y la tradición literaria». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 285-307.

MONTERO REGUERA, José. (2011). *Cervantismos de ayer y de hoy. Capítulos de historia cultural hispánica*. Alicante. Universidad de Alicante.

MONTIEL GARCÍA, Isidoro. (1947). «La belleza en las mujeres de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 219-226.

MOORE, Roger. (1980). «Lisi, Lisa and the Caballero de la Tenaza». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 56. 215-224.

MORATILLA GARCÍA, Emilio (1989). «Celestinesca en *El Guitón Honofre*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 65. 55-70.

MORENO HERNÁNDEZ, Carlos (1994). «*Don Juan y El Quijote como juego*: Torrente Ballester y la tradición romántica». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 70. 315-316.

MORO MARTÍN, Alfredo. (2016). «Afinidades perdidas: *Don Quijote, Die Leiden des jungen Werther* (1774) y la tradición cervantina alemana». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 367-386.

MORÓN ARROYO, Ciriaco. (2013). «Tres visiones de Cervantes: Menéndez Pelayo, Ortega y Gasset, Américo Castro». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 89. 441-459.

MULERTT, Werner. 1926. «Los estudios hispanistas en Alemania durante los últimos veinticinco años». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 30-49.

OSUNA, Rafael. (1969). «La forma interior de *La Arcadia* de Lope de Vega». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 255-269.

PARR, James A. (2005). «Sobre el cuestionamiento de la oralidad y la escritura en el *Quijote*: Cide Hamete y el supernarrador». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 309-328.

PARRILLA, Carmen. (2005). «Libros de caballerías en el *Quijote*. Lectura y lectores: ¿el texto espejo?». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 329-362.

PATIÑO EIRÍN, Cristina (2005). «El conjuro de Orfeo en Emilia Pardo Bazán: antetextos de una conferencia cervantina en Albacete (1916) y otros documentos más». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 363-425.

PENA SUEIRO, Nieves. (2004). «Las Relaciones de sucesos manuscritas de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 179-197.

PEREDA, Vicente de. (1947). «Génesis de un libro inmortal». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 54-64.

PERES, Ramón D. (1947). «Mi Cervantes. Recuerdos y confesiones». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 171-178.

PEREYRA, Carlos (1927). «Soldadesca y Picaresca». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 9. 352-361.

PEREYRA, Carlos (1928). «Soldadesca y Picaresca». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 10. 74-96.

PEREYRA, Carlos (1928). «Soldadesca y Picaresca». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 10. 150-163.

PEREYRA, Carlos (1928). «Soldadesca y Picaresca». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 10. 242-250.

PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco. (2005). «Menéndez Pelayo y la cultura literaria de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 427-474.

PÉREZ-MAGALLÓN, Jesús. (2016). «Cervantes y el cervantismo: la constitución de un campo crítico de estudio en el siglo XVIII». *Criticón*. 127. 143-153.

PONTÓN, Gonzalo. (2016). «“Con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula”. Sobre el inicio de la Segunda parte del *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 387-404.

PORQUERAS MAYO, Alberto y Laurenti, Joseph L. (1978). «Impresos raros de la Edad de Oro en la Universidad de Illinois». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 54. 397-420.

PORQUERAS MAYO, Alberto y Laurenti, Joseph L. (1980). «Impresos vallisoletanos en la Edad de Oro en la Universidad de Illinois». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 56. 401-420.

RABELL, Carmen R. (1993). «Perspectivismo dialógico en el episodio de don Quijote y el vizcaíno: el estado de la cuestión». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 69. 87-103.

RALLO GRAUSS, Asunción. (1988). «La epístola guevariana: un modelo de ensayo histórico». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 64. 129-153.

RECOULES, Henri. (1965). «Dios, el diablo y la Sagrada Escritura en los *Entremeses* de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 41. 91-106.

REDONET, Luis. (1947). «Divagaciones sobre motivos cervánticos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 21-47.

REY HAZAS, Antonio y MUÑOZ SÁNCHEZ, Juan Ramón. (2006). *El nacimiento del cervantismo. Cervantes y el Quijote en el siglo XVIII*. Madrid. Verbum.

REY, Alfonso (ed.). (2007). *Francisco de Quevedo. El Buscón*. Edición crítica de las cuatro versiones. Madrid. CSIC (Anejos de la *Revista de Filología Española*, 99).

REY, Alfonso. (1993). «Un texto inédito de Quevedo: *Execración por la fe católica contra la blasfemia obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 69. 105-141.

REY, Alfonso. (2014). *Lectura del Buscón*. Valladolid. Universidad.

REY, Alfonso. (2020). «Introducción». *Obras completas en prosa de Quevedo*. Volumen VIII («Elogios, polémicas y juicios literarios»). Alfonso Rey (dir.), María José Alonso Veloso (coord.). Barcelona. Castalia.

RICO GARCÍA, José Manuel. (2009). «Pablos lima el relato y no enmienda su vida. Los textos del *Buscón*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 75. 483-490.

RIVERA SALMERÓN, Esperanza. (2016). «*Fortitudo et sapientia*: la mirada cervantina en *El oficio de las armas* de Ermanno Olmi». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 405-427.

RUTHERFORD, John. (2005). «Don Quijote y la traducción de la risa». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 475-492.

SÁEZ, Adrián J. (2016). «Los reyes de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 447-462.

SALAZAR QUINTANA, Luis Carlos. (2016). «Mimesis y niveles de la expresividad teatral en el *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 463-478.

SÁNCHEZ, José Rogerio. (1947). «El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 23. 2 y 3. 163-170.

SERÉS, Guillermo. (2005). «La delirante *virtus* del ingenioso hidalgo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 517-556.

SERÉS, Guillermo. (2016). «Algunas consideraciones sobre la licitud y la necesidad de la milicia en el *Quijote*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 479-503.

SOLANA, Marcial. (1945). «Ideas de Quevedo en torno a la hidalguía». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 449-455.

STROSETZKI, Christoph. (2016). «Don Quijote, la fortaleza y la justicia». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 505-517.

SUÁREZ MIRAMÓN, Ana. (1981) «Cervantes ante modernistas y noventayochistas». *Cervantes: su obra y su mundo*. M. Criado de Val (ed.). Madrid. EDI-6. 1981. 1047-1054.

TAMAYO, Juan Antonio. (1945). «El texto de los *Sueños* de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 456-493.

TEIJEIRO FUENTES, Miguel Ángel. (2009). «*El Desdén del alameda* de Céspedes y Meneses en la órbita de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 85. 81-107.

VALLINA VELARDE, Faustino de la. (1945). «Comentarios en torno a un párrafo de Quevedo». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 21. 526-529.

VEGA GARCÍA-LUENGOS, Germán. (2005). «El *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y el IV Centenario de la aparición del *Quijote*: un homenaje ineludible». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 81. 15-24.

VILA, Juan Diego. (2016). «“¿Adónde estás, puta?, a buen seguro que son tus cosas éstas”: Maritornes entre la sujeción injuriosa y la conversión». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 92. 519-539.

VIVALDA, Nicolás. (2015). «Don Quijote en la floresta: cortejando los límites de Proteo en *Don Quijote II*, 10». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 91. 81-100.

YNDURAIN, Domingo. (1979). «*La desordenada codicia de los bienes ajenos*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 55. 343-354.

YNDURAIN, Domingo. (1986). El Quevedo del *Buscón*. *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 62. 77-136.

ZIMIC, Stanislav. (1964). «El amante Celestino y los amores entrecruzados en algunas obras cervantinas». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 40. 361-387.

ZIMIC, Stanislav. (1975). «Francisco de Quintana, un novelista olvidado, amigo de Lope de Vega». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 51. 169-232.

ZIMIC, Stanislav. (1979). «Sobre una edición de *La Numancia* de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 55. 355-364.

ZIMIC, Stanislav. (1992). «*La Gitanilla* de Cervantes». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 68. 29-142.

ZIMIC, Stanislav. (1994). «*El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. 70. 55-125.